

NESTOR MEZA VILLALOBOS, PREMIO NACIONAL DE HISTORIA:

“LOS QUE DICEN QUE NO SE MERECE”

EL PROFESOR MEZA TIENE 67 AÑOS; ES ESPECIALISTA EN HISTORIA POLITICA DE CHILE DE LOS SIGLOS 16 DE HISTORIA. DECLARA QUE NO ES MILITANTE POLITICO; SIN EMBARGO, “VIVO LA POLITICA INTENSAMENTE POLITICO ACTUAL, IMPRESIONAN POR LA FORMA TAN AGUDA COMO ENFOCA LOS

USA un pañuelo negro amarrado en la cabeza y encima del pañuelo una boina negra medio ladeada y medio tapándole el ojo derecho; tiene la barba un poco crecida; la chaqueta, pasada de moda, de un color verdoso y bajo la chaqueta un chaleco de franela gris, algo raído... Al profesor Néstor Meza Villalobos, Premio Nacional de Historia, no le importan las apariencias y él mismo se ríe de su vestimenta estrafalaria: “Nadie me podría tomar como un modelo de elegancia, sin embargo, para la foto me voy a sacar el pañuelo”, dice y se saca el pañuelo, pero se deja la boina puesta. Sentado ahí, en el sillón colorado del living de su casa, es la viva estampa de un viejo revolucionario; podría ser un sindicalista polaco, un sabio atómico o un personaje de la Rusia de Tolstoi; “en mi juventud fui socialista, después fui comunista y ahora soy partidario del ‘sí’ en el plebiscito, porque me gusta este sistema. Y yo digo lo que pienso y que se enoje quien se enoje, ¡qué me importa!” Y dice lo que piensa y mientras lo dice le brillan los ojos y se arrellana en el asiento, se instala con toda comodidad, encantado de poder dialogar; “discútame, discútame. ¿No ve, no ve?... Si aquí se puede decir todo lo que uno piensa. ¿Qué es este cuento de la falta de la libertad?; así, y de pasadita, yo le dije el otro día al Presidente Pinochet, que hacía muy mal en andar descalificando a los políticos”.

El, a los 67 años, es un político de tomo a lomo; especialista en la historia política chilena de los siglos 16 al 18, vibra intensamente con la historia que vino después y es un verdadero apasionado de la política contingente. Se define como un “demócrata liberal”; alega contra don Pancho Encina, porque “era un reaccionario y encontraba que el liberalismo era descalabrante. ¿Cómo va a ser descalabrante el liberalismo que es una noble doctrina? Claro que yo nunca pertencí al Partido Liberal, porque en aquellos tiempos yo estaba al lado contrario.”

Abomina de los comunistas y habla de ellos como quien habla del demonio; no deja de reír cuando exclama: “¡Los comunistas! Pero, ¿qué me dicen a mí? ¡Si yo los conozco a los comunistas! ¿Cómo no los voy a conocer si yo fui comunista?”

Nada ni nadie podrá ponerle un dique al río de sus pensamientos.

Se refiere a la idea de la muerte. Dice que cuando cumplió 17 años dejó de creer en todo “y ahora sigo sin creer. Yo no creo en dioses trascendentes. La exigencia moral que yo vivo es puramente por una moral autónoma; no tiene nada que ver con sanciones ni con premios. Sencillamente soy ateo, ateo, ateo; pienso que me voy a morir así como se mueren las vacas, los caballos, como todo”.

Está casado “hace más de cuarenta años”, con Olga Lopehandía; tiene dos hijos y cinco nietos; hace clases de historia política en la Universidad de Chile; ha publicado cinco obras de real importancia y el premio que acaba de recibir lo tiene enteramente sin cuidado; “¿quiere que le diga una cosa? Todos esos que andan diciendo que ellos no se merecen el premio que les dan son unos mentirosos... No, no, yo no soy nada de humilde en ese aspecto; tengo clara conciencia de mi seriedad; soy un hombre esforzado y muy amigo de la perfección; soy perfecto en todo lo que se refiere a la vida intelectual y yo mismo me he estado premiando todos estos años cuando veía el fruto de mi labor”.

Entonces se acomoda en el asiento, se soba las manos, estira las piernas y propone que “no hablemos más del premio. Hablemos de política y usted, ¡argumente, argumente!”

HABLEMOS DE POLITICA

—¿Qué es lo que le gustaba del comunismo?

—Fundamentalmente la idea de que los pobres iban a ser mucho menos pobres.

—¿Y ahora le sigue gustando esa idea?

—¡Claro!, y por eso soy partidario de la economía capitalista; porque esa es la que mejora la condición de los obreros. Por eso soy partidario de que este régimen subsista así, tal como está, por el tiempo que sea necesario, hasta reeducar a este pueblo. Yo soy partidario de la libre empresa y la aspiración más fundamental mía es que la sociedad no se haga socialista; que haya justicia desde luego, pero que no haya socialismo.

—¿Cómo ha llegado a pensar así si usted mismo era socialista primero y comunista después?

—Porque yo fui muy crítico con los demás y conmigo mismo. Cuando era socialista, los comunistas, que son muy hábiles, penetraron mi grupo y nos lanzaron a nosotros, los jóvenes, contra los dirigentes. A mí me mo-

lestó esa manipulación. Yo no puedo aceptar los grupos secretos; los que manejan con instrucciones venidas de otra parte a grupos de la sociedad. Yo quiero ser absolutamente determinado por mí mismo; que no me determine nadie.

—En este momento, ¿no se siente determinado por el sistema imperante?

—No, en absoluto. Primero, este momento no es más que la continuación de otros momentos que yo he vivido. Yo viví la época en que los demócratacristianos empezaron la reforma universitaria. Los disparates que eso implicaba desde el punto de vista de una concepción de la universidad como centro de creación científica eran monstruosos.

—Sin embargo, hay sectores que opinan que también es un disparate la política universitaria imperante hoy; dicen que es monstruoso que en la universidad no haya libertad de expresión...

—¿Qué hubiera hecho esa gente sin la intervención en la universidad? ¿Qué hubiera hecho esa gente que hoy critica, si no se hubieran separado de la universidad a esos

“Mi aspiración más profunda es que la sociedad no se haga socialista.”



LOS PREMIOS SON UNOS MENTIROSO

AL 18, Y LOGRO UNANIMIDAD PARA OBTENER EL PREMIO NACIONAL "TE", Y SUS DECLARACIONES, TODAS RELACIONADAS CON EL MOMENTO DISTINTOS ASPECTOS DE LA VIDA NACIONAL.

profesores que la habían convertido en un puro y simple instrumento político?

—¿Piensa usted que un hombre como Jorge Millas corresponde también a esos profesores a que usted se refiere?

—No. El no; pero en todo caso los grandes responsables de lo que sucedió en la universidad son los demócratacristianos, quienes sacaron a los jóvenes de la labor más importante que tienen que hacer durante el fin de la adolescencia y el principio de la juventud; los sacaron de su tarea primordial y los lanzaron a la calle. Y los jóvenes lo aceptaron de buen grado porque son idealistas.

—¿Por qué culpa usted a la Democraciocris- tiana y no culpa más bien al idealismo de la juventud?

—Porque la juventud se mueve de acuerdo a la época en que vive y en esa época la Democraciocris- tiana reinaba en Chile.

—Y usted cuando era socialista, ¿no salía a la calle a expresar sus ideas?

—¡Claro que salía!

—¿Por qué entonces hoy niega usted ese derecho a los jóvenes?

—Por una razón muy sencilla: porque el hecho que uno cometa errores cuando es joven no le impide evitar que su hijo caiga en los mismos errores.

—Quizás usted mismo aprendió gracias a que en su juventud tuvo la oportunidad de equivocarse...

—Claro, pero es que ese error de mi juventud yo lo cometí a medias no más. Le voy a contar por qué; porque aunque fui muy socialista estudiaba todos los días, iba a clases todos los días, de tres a seis de la tarde. Yo no dejaba una cosa por otra. Hacía todo lo que tenía que hacer como estudiante revolucionario, pero sin mengua de mis estudios.

—O sea que usted acepta que sus alumnos sean revolucionarios siempre que sean los primeros del curso...

—Exacto. Que estudien primero y que hagan la revolución después.

—El Gobierno no está de acuerdo con lo que usted propicia, porque al parecer no quiere revolucionarios ni fuera ni dentro de la universidad...

—Yo no creo que sea así. El Gobierno sabe que cualquier acto político que se realice dentro de la universidad es impolítico, porque ella tiene una función bien precisa: desarrollar la ciencia y enseñar profesiones. El régimen de restricción que hay sólo tiene el alcance de impedir que las funciones políticas dañen a la universidad.

—Usted piensa que no hay discriminación entonces...

—No la hay. A los jóvenes los han echado después de sus acciones contrarias a las nuevas disposiciones universitarias. No les impidieron entrar. Después del 11 de septiembre no se fijaron criterios políticos para eliminar a los estudiantes. Se fijaron criterios de asistencia y de calificaciones.

—Pero no echaron a ningún flojo de la derecha...

—Serían más aplicados que los que se dedicaban a agitar, enviados por los demócratacristianos, los comunistas, los socialistas y todos los demás.

—Si usted toma al país en su conjunto y se encuentra con que los demócratacristianos, los socialistas, los comunistas y todos los demás suman un setenta por ciento de la población. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Lo importante es que aunque sean mayoría respeten la Constitución. Pero resulta que en la época de la Unidad Popular no se respetó la Constitución y yo no creo que esa gente se haya redimido tanto como para entregarles el país y nos aseguren la existencia de la democracia real.

—Hay quienes dicen que el país vivió en democracia con la plena participación de las fuerzas de centro y de izquierda...

—Así fue, pero la izquierda en Chile jamás había alcanzado el estado de desintegración democrática que alcanzó en el tiempo de la Unidad Popular.

HABLANDO DE LA DEMOCRACIA

—¿Le parece democrático el Gobierno actual?

—No, porque lo considero un estado de excepción. Mire, yo escuché una vez al Presidente Pinochet decir: "Yo estaré aquí, mis sucesores estarán aquí y los sucesores de mis sucesores"; a mí me dio ira; sentí que me volvía loco de ira. Me pareció una ofensa a los demócratas que apoyamos al señor Pinochet; eso no se puede decir. Es una ofensa para el país. Ahora bien, el plebiscito significa para mí el abandono de esa postura.

—Hay quienes opinan que es un abandono relativo puesto que el Presidente puede durar en su cargo hasta 16 años más...

—Pero Franco estuvo cuarenta años en el poder y los de la ETA fueron pacientes. El régimen de Franco se fue ablandando de tal manera que todos los que gobernaron con él son los que gobiernan en la democracia española de hoy, partiendo por Adolfo Suárez. ¿Por qué están tan locos de apuro aquí? ¿No será porque quieren asegurarse el poder de distinta manera que el Presidente? Mire, yo fui un entusiasta de la oposición durante la Unidad Popular. Y no fui nada de entusiasta del golpe de Estado. Lo vine a aceptar muy tarde, porque creía que si sacábamos a la Unidad Popular tan temprano, este pueblo no iba a tener ninguna experiencia dolorosa que le permitiera mantenerse anti-U.P. Y a la menor dificultad iban a añorar los tiempos de la Unidad Popular. Yo creo en el valor educativo del dolor.

—¿Y qué dice usted del dolor de la gente que sufrió los tiempos de la DINA?

—No lo niego. Pero le tengo que citar una frase: "nadie gobierna sin sangre". Yo no lo acepto y me duele que hayamos caído en eso; sin embargo, las cosas que hicieron los izquierdistas en las universidades en los tiempos de Frei y de Allende merecían su castigo. ¿Cómo no les vamos a impedir ahora la posibilidad de cometer esos excesos? A una alumna mía la amenazaron con violarla en el tiempo de la Unidad Popular si no renunciaba a un cargo que tenía en la Facultad.

—¿Piensa usted que esos excesos justifican de alguna forma un exceso como la muerte de aquel estudiante de periodismo que fue torturado en un lugar desconocido?

—Ese detective que lo torturó lo hizo por su cuenta y yo me alegré mucho de que el Presidente dijera que se iba a investigar hasta el final ese crimen. Si no se hace una investigación profunda ya no está a mi alcance hacer nada. Digan lo que digan, entre este Gobierno y una dictadura comunista hay un mundo inmensurable de distancia. ¡No se puede comparar una cosa con la otra!



▲ "En mis clases les digo a los alumnos que esto no es un Gobierno autoritario, sino una dictadura al más puro estilo romano."

—Hay sectores que piensan que tampoco se puede comparar este Gobierno con una democracia. ¿Qué piensa usted?

—Claro que no se puede comparar con una democracia. Pero si esto no es una democracia. Veamos la historia. Los alemanes tienen detrás de sí una experiencia del hilerismo y es por eso que han llegado a ser esa democracia admirable que son ahora.

—¿Qué experiencia cree usted que tendríamos que hacer nosotros para ser también una democracia admirable?

—No lo sé, porque no soy profeta, pero creo que el dolor ayuda a comprender los bienes que tenemos. En todo caso esos que dicen que las dictaduras engendran nuevas dictaduras dicen puros disparates.

—Más bien dicen que las dictaduras engendran la violencia...

—Eso tampoco es verdad.

—Pero se ha visto en Centro América...

—Eso también es falso. La dictadura es una institución política romana, legal, por la cual uno de los cónsules renunciaba y el otro asumía el poder por un tiempo determinado; podía tomar toda clase de medidas para poner fin a los conflictos políticos y sociales que había y no era responsable, en ningún momento, de lo que había hecho. Eso es la dictadura. Yo sostengo en mi clase que esto del señor Pinochet no es un Gobierno autoritario, sino una dictadura al más puro estilo romano. Las de Centro América eran una tiranía. Somoza era el dueño de casi dos tercios de la tierra, los bancos, la guardia pretoriana. Hay que tener sentido de las proporciones. Eso es una cosa deleznable. Eso no es política. Sigamos viendo la historia. ¿Qué tanto se asustan con ocho años de Pinochet? La Democraciocris- tiana aseguró que gobernaría treinta años. Hitler quería reinar durante siglos. Nadie puede dibujar la historia, así, impunemente. Y además hay que contar con un factor importante: la gente se muere. ¿Quién puede decir que este hombre va a ser una excepción y va a vivir doscientos años? Por eso, cuando se habla del futuro, yo prefiero cerrar la boca. ■